

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Ses.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO.	0,75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid: librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pzo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LA AUDIENCIA DE SU ILUSTRÍSIMA

El palacio episcopal de N. no tiene nada de notable en su exterior. Es un enorme caserón de destartada forma, y, á no ser por un abigarrado escudo de piedra, coronado por una mitra, que campea sobre la puerta principal, no se distinguiría la morada del prelado de tantas, tan grandes y vetustas casas como existen en la población.

En el interior todo varía de aspecto. En el zaguán se pasea un portero, vestido de riquísima librea; tras las vidrieras que cubren el arco de entrada, sentado en un banco, al amor de la lumbre que arde en un antiguo brasero de bronce, dormita otro portero de robustas formas y colorados mofletes; después aparece á la vista del visitante la suntuosa escalera de mármol, bordeada por artística baranda de estilo ojival, ante la cual la vista se deslumbra al mirar tanto adorno, tanto follaje, tanto monigote con apariencia de ángel, ó tanto ángel con visos de monigote. En cada pilastra de los descansillos se ve un santo, un evangelista, tal ó cual profeta, tal ó cual santo padre, cubiertos todos por un doselete, que, si en tal sitio no es de utilidad para preservarlos de la lluvia, tampoco la tiene para preservarlos de las moscas.

En la bóveda del piso principal, pintada al fresco, se ve el escudo del prelado actual, ostentando sus blasones con toda la vanidad de un magnate profano, y corona tanto orgullo, tanto menosprecio de la humildad cristiana, el sombrero apostólico. *Risum teneatis!*

Pasaré de largo la antecámara, puesto que no es hora de audiencia, y después me veré obligado á describirla.

Abriré la mampara forrada de seda que da paso al salón de audiencias del diocesano sucesor de los apóstoles, é imitador de ellos en todo menos en la pobreza, porque en algo se habían de distinguir los primitivos tiempos de los tiempos de los *primos*.

—¡Ya escampa, y llovían capuchinos de bronce!—decía el secretario de S. I. hojeando unos papeles.

—¿Qué es ello?—preguntó el obispo.

—Nada; una queja suscrita por cuarenta y nueve vecinos de Hojarrascosa (el pueblo tiene cincuenta), diciendo que el cura se ha negado á bautizar un niño mientras su padre no queme un retrato de Espartero que tiene en su casa.

—No sé qué voy á hacer con ese bárbaro. En un año que lleva en mi diócesis le he trasladado ya de doce curatos. Más le valiera cumplir con su deber que andar exhibiendo su nombre en *El Siglo Futuro* cada lunes y cada martes. Y luégo, como ha visto tantas veces su nombre simple ó su simple nombre en letras de imprenta, se cree instruido y hasta se las echa de gra-

cioso. ¿Se acuerda usted de aquella insolente carta en que decía: «Ilmo. Sr.: Hoy he tomado posesión de este curato. Ruego á V. I. me diga á qué parroquia he de llevar mañana los trastos?»

—¡Ya me acuerdo! Pero ¿qué miro? ¡Esto es delicioso! Vea V. I. una hazaña que ha hecho el de Miñorales. Dice así su carta:

«Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis y su obispado y su jurisdicción.

«Muy señor mío: Le voy á contar á usted, para que S. I. se entere, un acto que he hecho en defensa de nuestra religión. Un nieto de una piadosa feligresa, á quien sé yo que su abuela le manda todos los Sábados Santos con una jarra á recoger agua bendita después de la bendición, y el muchacho, en vez de venir á la iglesia, se llevó toda la mañana jugando á las chapas detrás de la casa del tío Pedro, que es un hombre que se gana la vida acarreando leña, y se estuvo hasta las dos. Como era tarde y no había recogido el agua, se fué á un pilón que usan las caballerías, y los vecinos para lavar, y llenó la jarra, para llevársela á su abuela como agua bendita. Yo, que le vi, no pude consentir la profanación, y le di tres ó cuatro pescozones, amén de diez patadas, pues no hay cosa que más me indigne que un sacrilegio...»

—Basta; ya estoy harto de majaderías—dijo el obispo.—Ate usted esos legajos, y cuando acabe mande usted que anuncien la audiencia, porque ya andan esos alborotando por ahí fuera.

La antecámara es un salón que aventaja á los del más encopetado aristócrata.

Ricos tapices, grandes espejos, excelentes cuadros, originales de los primeros autores, acaso, y sin acaso, procedentes de los conventos, iglesias ú oratorios, y arrancados de allí contra la voluntad de sus donantes, que para adornar aquellos sitios y no el palacio los regalaron. Preciosa y mullida alfombra cubre todo el pavimento, y á los lados cómodos divanes, forrados de terciopelo, ofrecen asiento á los visitantes de S. I.

Son las once. Muchos y heterogéneos tipos esperan la hora de la audiencia. Ya es un párroco rural que, acostumbrado en su aldea al traje seglar, está como corrido y avergonzado, sin saber qué hacerse de los manteos, que tanto le molestan; ya es la beata visitadora de centros eclesiásticos, que se encuentra como el pez en el agua al verse rodeada de curas; ya el presbítero semi-culto de la ciudad; ya el seglar, neo por necesidad, que va á dar una queja contra un periódico carlista, á pedir que se permita adquirir por cuenta de fábrica alguna obra disparatada, engendro de su chirumen; ya es, en fin, el clérigo que, habiendo recibido un oficio de reprimenda, se presenta á sincerarse de los cargos más ó menos justos que se le dirigen, deseoso de ver en qué parará aquello.

Todos esperan con ansia que se abra la mam-

para. Por fin se abre, y aparece un familiar que con voz atiplada dice:

—Señores, da principio la audiencia: entre el primero que por turno le corresponda.

—Veamos—dice el diocesano á un cura ya entrado en años, que es el primer conferenciante. —¿Qué ha ocurrido en el convento? Nos nos alegraríamos de poder complacer á usted, uno de los más dignos presbíteros que tengo á mis órdenes. (Es de advertir que el obispo recién elevado á la mitra es un tanto petulante y no se le cae de la boca el Nos.)

—Ilmo. Sr.: Si le es lícito, á quien ha desempeñado treinta años el cargo que actualmente ejerce, y en el cual ha encanecido cumpliendo siempre sus deberes á satisfacción de sus superiores; si le es lícito, vuelvo á decir, exponer los agravios que ha recibido de un joven casi á oscuras de los deberes sacerdotales, aunque éste tenga la inefable dicha de merecer la amistad de nuestro dignísimo prelado...

—Ruego á usted que abrevie, pues son muchos los que esperan audiencia, y muchos más los asuntos que distraen Nuestra atención. Nos comprendemos que las personas de cierta edad necesitan ser difusos para hacerse entender...

—No, Ilmo. Sr.; será breve, muy breve, todo lo breve que me permitan las amarguras que devoran mi alma. Desde el día en que V. I. destinó á D. Julio para el cargo de vicecapellán de aquella comunidad, no he tenido momento de sosiego. Empezó á intrigar con las monjas en contra mía, y (triste es confesarlo), tiene centuplicadas ventajas para disputarme el afecto de la comunidad. Es joven, no desgraciado de fisonomía; es, en fin, como hecho *ad hoc* para tratar con monjas. Con pretexto de mi ancianidad, V. I. le ha elevado al cargo de capellán mayor, rebajándose al de capellán segundo. Acostumbrado á obedecer, no he desplegado mis labios; pero ahora se trata de cometer una iniquidad conmigo. Por defunción del adscripto que decía la primera misa, ha quedado vacante ese puesto, y, como si no fuera bastante el haberme postergado de tal modo, se me quiere obligar á que celebre la misa de alba. Ruego á V. I. considere si un anciano enfermizo como yo, en estas mañanas nebulosas y frías, puede desempeñar ese cargo, y... No tengo más que decir.

—Ya *resolveremos*. Entre tanto obedezca las órdenes de su jefe, pues el principio de autoridad es la base en que descansan todas las instituciones, tanto eclesiásticas como civiles.

—Mire usted, S. I.—dice un presbítero montañés que entra en la sala.—Todo eso que dicen es mentira. Si las *Hijas de María* no van al templo, será porque no quieren, que yo (en buen hora lo diga) no he dicho á ninguna «malos ojos tienes», ni cosa que se le parezca. Pero...

ya se ve, todo eso son envidias de los mozos del pueblo, que desde que les di una paliza por echar requiebros á mi criada...

—Eso es contra la humildad evangélica.

—¡Qué humildad, ni qué tabaco! Póngase V. I. en mi lugar y haría lo mismo.

—Me parece haber oído una frase malsonante.

—Yo no sé lo que me digo. Yo no sé más que llamar al pan, pan, y al vino, vino, y en fin, que todo eso es mentira.

—Bueno... bueno. Váyase en paz, y que no vuelvan á repetirse tales quejas.

—Bueno; pues que V. I. siga bien, y se conserve bueno, como toda la familia.

—¡Qué inmensa dicha tengo en besar el anillo pastoral de V. I.! Soy la presidenta de la Asociación para redimir niñas mozas, que, como sabrá V. I., sostiene también un Asilo en esta capital, donde se da albergue y manutención á veinte huérfanos, y se reparten treinta raciones de pan y cocido á los pobres. Por vuestro consejo concedimos la administración del Asilo á las hermanas de... las cuales reparten un pan tan duro, que ningún pobre le quiere admitir, á pesar del hambre que tienen. ¡Tal es de durísimo, que se le ofrecen á uno, y no le admite; se le ofrecen á otro, y sucede lo mismo, hasta el punto de que hacen perder su carácter milagroso á la multiplicación de los panes que hizo Nuestro Señor Jesucristo! Las hemos reprendido; pero hasta tal punto llevan su hipocresía, que dan la comida á los asilados una hora más tarde que á los pobres, con objeto de que, si se presenta alguna señora de la Junta, puedan enseñarla el pan tierno que destinan para los niños. Vengo á pedir el asentimiento de V. I. para retirarles la administración que tan mal desempeñan.

—Supongo que se enmendarán; si no, yo pondré el oportuno correctivo. Por ahora no hagan ustedes nada.

—Aprovecho esta ocasión para suplicar á V. I. me conceda indulgencias para este recordatorio. ¡Es una lámina muy preciosa! En el reverso he hecho litografiar el nombre de mi difunto esposo, la fecha de su defunción y la siguiente oración en verso que ha compuesto el novio de mi hija. Un joven muy piadoso que conocimos en las Trinitarias. Es muy bonita.

¡Jesús mío! Por el alma
de D. Justo Caballero,
noble varón, que yo infiero
goza la celeste palma,
os ruego con dulce calma
y el más fervoroso acento,
escuchéis este lamento
que humildemente os dirijo:
¡Vos sois mi padre! yo, el hijo,
¡oh gran Dios del firmamento!

Nota. Si quien recita la oración es señora, puede decir hija en vez de hijo.

—¡Jesús! ¡Jesús! —dijo el obispo. — ¡Yo no sé lo que me pasa!... Secretario, declare usted cerrada la audiencia, que me siento malo.

—¿Pero no me concede S. I. cien días de indulgencia para el recordatorio?

—Sí, señora. Ciento... mil... diez mil... cien mil... todos los que usted quiera, con tal de que no parezca usted por esta casa.

JOAQUÍN G. LOSADA.

EN TODAS PARTES IGUAL

Ahora comprendo los esfuerzos que los jesuitas y demás individuos de faldas hacen en las repúblicas del Centro y Sud-América para evitar en aquellos países la introducción de los periódicos libre-pensadores de España. Pudieran perder la mina que explotan, sobre todo en los pobres indios que, incomunicados con sus respectivos gobiernos, no tienen medios de hacer oír sus quejas y son el *ánima vili* de misioneros, jesuitas, *cucarachas* y demás aves de mal agüero y largas uñas.

Los indígenas hilacatas del cantón de Moromoro (Bolivia), han dirigido una exposición al presidente de la República pidiéndole amparo

y protección contra las exacciones, ¡qué digo exacciones!, robos, verdaderos robos de que son víctimas por parte del clero.

Allí persisten todos los inicuos tributos: los diezmos, las primicias, las gabelas todas que el sacerdocio impuso, protegido por el cuchillo de los más desalmados aventureros en tiempos de la conquista. ¡Y que se andan con miramientos los *curianos* para hacerlos efectivos!

Van á cobrar el diezmo, y, si el pobre indio no está en la choza, agarran dos ó tres cargas de trigo y al carro parroquial con ellas. ¡Cuántos caballeros habrá en el *abanico* de Madrid por cobrar diezmos de menor cuantía por el mismo procedimiento!

El *corderaje* es otro arbitrio que el cura cobra directamente ó arrienda á un particular. Al indio infeliz le tiene la misma cuenta: cuando están criados los corderos, se presenta el *cuervo* ó el arrendatario, escoge los mejorcitos, y andando para casa.

Están obligados también los indios á las prestaciones, ó sea al trabajo obligatorio y gratuito á beneficio del *parrocán*, como también á cederle sus caballerías para los acarreos y sus ganados para el laboreo de sus tierras, llevar y traer cartas, encargos á largas distancias y á través de penosos caminos, etc.

Son innumerables las gabelas que perciben los *grajos* (que en ninguna parte como allí merecen este nombre, porque se ceban despiadadamente en los desdichados indígenas). En la imposibilidad de enumerarlas todas, citaré las principales:

Guarmi-mayordomo. — Por ésta se gatea el cura un peso en plata, una vela y una gallina.

Cari-mayordomo. — Esta le produce tres pesos plata (no admiten papel), tres velas, tres gallinas, trece cargas de leña, nueve libras de sebo y un quintal de cebada; de modo que el *cleriano* que tenga muchos feligreses, se asegura el pienso para todo el año.

Ramoscolque. — El domingo de Ramos percibe el sacerdote dos pesos con seis reales por cabeza (porque como bestias tratan á los indios).

Ricuchicu. — Este arbitrio es gordo. Todas las fiestas, algunos de los vecinos previamente sorteados y designados por el *parroquidermo*, de modo que sucesivamente vayan cumpliendo todos esta obligación, tienen que dar al cura la carne de medio buey, medio cerdo, un cordero invernado vivo y otro muerto, seis gallinas vivas y seis muertas, una carga de patatas, pan, vino, *singani*, azúcar, te, café, chocolate, hierbamate, especias, sal... En fin, tienen que convertir la despesa del cura en una tienda de ultramarinos.

De entierros, bodas y bautizos no diremos nada; allí la boca del cura es medida.

¿No admiran ustedes después de esto á esos apostólicos varones que atraviesan el mar para ir á predicar el Evangelio en apartadas regiones? ¿No les causa pena el considerar los apuros y estrecheces que pasan los pobres hombres? (De alguna manera se les ha de llamar.)

Aunque, en honor de la verdad, hacen muy bien en sostener la ignorancia de los indios. ¡Pobres jesuitas el día que caiga la venda con que hoy los ciegan para explotarlos!

UN MILAGRO

Así como suena: un milagro en toda la extensión de la palabra, de tal calibre y con tales circunstancias, que le juego mi fe católica contra una peseta á cualquier incrédulo que lo dude.

¡Y la cosa no es para menos!

Figúrense ustedes á un caballero belga, pero belga auténtico, que los hay de imitación, que adquirió una terrible enfermedad de yo no sé qué género y se vino á curársela á España, porque ¡desengañense ustedes! lo que no se cura en este país de toros, flamencas y cante *jondo*, no se cura en ninguna parte.

Estaba el belga de lo más *fané* que se puede imaginar. Enfermo de cuerpo, de alma... y, afortunadamente, no lo estaba de bolsillo, por-

que se permitía el lujo de salir á pasear en coche con un su amigo que ni era belga ni le dolía nada, que se sepa.

Una tarde que el enfermo paseaba en coche con el sano, éste quedó muerto súbitamente, sin decir siquiera ¡adiós, amigo belga, que te quedas sin español!

Allí hubieran ustedes visto (como yo lo vi) el desconsuelo del extranjero, hasta que, afortunadamente, pasó un escolapio que se dió á consolar al enfermo, paralítico, por cierto, y le metió en la cabeza la idea de trasladarse á Toluca, y allí, en el colegio de escolapios, tanto se dió á orar el paciente, que su alma, empujada en el protestantismo, abjuró de sus ideas religiosas haciéndose católico más pronto que se hacen un par de huevos estrellados.

Ahora, es de rigor, según las historias que de tales asuntos tratan, que el ex-protestante recobrara la salud como por ensalmo, y así sucedió sin quitar punto ni coma.

San José de Calasanz intervino en el asunto, y, agradecido á tal merced el curado, emprendió una peregrinación á Peralta de la Sal, patria del insigne calasancio.

Quince días se ha llevado el agradecido devoto «pasando ríos, caminando leguas», que diría Carulla, y ahora le tienen ustedes tan gordo, tan guapo, como cualquier cura independiente.

Y aquí da fin esta cosa, perdonad al escolapio.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El cura de un pueblo muy parecido á Montealegre ha sacudido las orejas, saliendo al trote con dirección desconocida.

Respecto á las causas que han motivado su fuga, circulan varias versiones. Escogeré la menos calumniosa, como es de obligación en asuntos de *grajos*.

Vivía con el fugitivo una hermana suya, que quiso contraer matrimonio con un joven á quien el *curiano* no puede ver ni en pintura desde que sabe que lee *El Motín*.

Al tener conocimiento de la resolución de su hermana, le facilitó una dote de palos que la mayor parte de los curas deberían aportar al sacerdocio, despidiéndola después de su casa, como también á su padre, que la defendía.

La pobre joven se refugió en la de un tío suyo (donde aún permanece), y al ir éste á pedir su ropa, pues no había llevado más que lo puesto, le contestó humildemente el santo sacerdote:

—¡Cuando se canse de llevar la camisa puesta del derecho, que se la vuelva del revés, y viceversa!

Como se ve, ésta es una salida de clérigo-bárbaro; pero el mayor acto de salvajismo lo cometió otro día, ó, por mejor decir, otra noche.

Sabiendo que su hermana estaba sola en casa de su tío, entró é hizo el reparto de la segunda entrega de la obra empezada en la casa parroquial, maltratando á la joven con la mayor dureza, y aun hay quien dice que la amenazó con un arma de fuego (cosa muy verosímil, por la afición que á estas armas tienen los curas).

En esto llegaron el tío y el novio, y estuvo en un tris que no vendimiaran al *cleriano*; mas, por desgracia, lo evitaron algunas personas. Lo que no pudieron evitar fué que la mano del tío le rompiera la sotana en más pedazos que desatinos ha cometido el clérigo en toda su silvestre vida, ni un achuchón contra la pared, que á poco lo estrella.

Todos cuantos presenciaron la escena aplicáronle además los epítetos más enérgicos que contienen las letras A y B de nuestro Diccionario.

A los pocos días echó las patas al aire y se escapó, dejando huérfanos á sus feligreses, que maldito si le echan de menos.

Católicos fervientes, é idólatras chinos que á pesar de su religión tienen un poco de apego á la Virgen por no sé qué supuestos ó efectivos favores que le deben, armaron su poquito de fiesta en el llamado barrio mestizo de Malabón (Filipinas) el 10 de Diciembre último pasado.

¡Apenas se divirtieron aquellos católicos engañados como chinos, y aquellos chinos bárbaros como católicos! En prueba de ello, vean ustedes las brutalidades que hicieron en poco tiempo:

Para abrir boca, y mientras se celebraba la procesión flotante (conduciendo las imágenes en *pogodas* ó santuarios en remojo), dispararon al espacio

menudos cohetes, que tenían de rabo ó guía cañas de tres metros de largo.

Cuando un cohete salía mal disparado y le atizaba un cañutazo á cualquier prójimo, ¡figúrense ustedes si se divertiría el *agraciado*! Afortunadamente no se conocen más que tres víctimas personales, una de las cuales ha fallecido.

Por la noche, banquete á cargo del *hermano mayor* de la Virgen, y... más fuegos artificiales, y cohetes certeros é inciertos, con lo cual se dió por terminado el jaleo aquel día.

Al siguiente funcionaron las cucañas en el río, chupándose los codiciosos, ya que no los premios, los dobles remojes.

Celebróse después misa mayor con sermón, y por la tarde procesión terrestre, en que salieron *la mar de rubios y rubias* vestidos ó disfrazados de ángeles. Casi todos los alumbrantes eran chinos y llevaban enormes cirios encarnados.

Más tarde se corrieron su poquito de broma, y se retiraron tan satisfechos, dispuestos á repetir la cosa el año próximo y hacer iguales tonterías é idénticas brutalidades, á ciencia y paciencia de tanto misionero como pasta y rumia por aquellas comarcas.

Para hacer desatinos
no hay como ser católicos ó chinos.

Si no fuese tan avaricioso el *parroquidermo* de Serandinas, no le pegarían esos micos que le sueltan sus feligrases; pero, es claro, le ven aficionado á la *guita*, y se dicen:

«A éste que se baila á la sombra de una peseta, es una obra de caridad engañarle, para que escarmiente y no tenga tanto apego al vil metal que perdió á Judas».

Con objeto de casarse, hace un año que un ex-feligrés suyo, hoy residente en Madrid, le pidió los papeles necesarios, y, conocedor del flaco del *pater*, le remitió diez pesetas.

Cobró el *parroco* la libranza y dió la llamada por respuesta; mas al ver que pasaba un mes y otro mes, y los documentos no parecían, resolvió el feligrés ir á Serandinas, donde se avistó con el *grajo*.

Este le dijo que si quería los papeles tenía que darle quince pesetas más adelantadas, sin perjuicio de otras veinticinco que debería soltar al recibirlos.

El solicitante no aflojó ni un céntimo, pero con una generosidad increíble le ofreció cincuenta ó sesenta pesetas si arreglaba el asunto en ocho días.

Ante la perspectiva de los ochavos abrió el cura cada ojo como una patena, y se dió tal actividad, que á los cuatro días entregó los documentos al interesado. Entonces éste tomó el olivo, dejando al *cuervo* tirándose de los pelos y llorando por los metales que se fugaron en gran velocidad.

Una vez de regreso en Madrid, el habilidoso viajero envió al de Serandinas... muchos recuerdos y muchas frases de cariño, y llevó su abnegación hasta prometerle nuevamente que le pagaría; promesa que hasta ahora no ha realizado ni debe realizar si en algo estima la salvación del cura.

Quien quita la ocasión, quita el peligro de que haga mal uso del dinero.

Madre, si yo fuera rico,
daría cualquier dinero
sólo por tratar al *grajo*
de las Peñas de San Pedro.

El cual, según me dicen, es un *gachó* que no hay que perderle de vista. A cualquier hora está en voz para hacer un par de brutalidades.

Hace poco hizo desenterrar el cadáver de una pobre mujer y sacarla del cementerio.

Después de aquel triste suceso, por disputas en la iglesia con un próximo pariente suyo, le promovió una causa que le ha costado al infeliz perder todo su caudal y ser condenado á tres ó cuatro años de presidio.

Ahora ha cometido otra de *clérigo bárbaro* porque, eso sí, el día que se acuesta sin hacer una docena de disparates, no descansa ni sosiega hasta el nuevo día para tomar el desquite.

Otro día iba acompañando un entierro, y como un vecino de la villa no tuvo á bien descubrirse, embistió con él, arengando á la comitiva para que saliese á la defensa de los fueros católicos, hollados, según decía, por aquel vecino que, aquejado de catarro pertinaz, no podía descubrirse, so pena de jugarse un ambo con el muerto.

Afortunadamente no hicieron caso los fieles de las tonterías del *pater*, pues de haberlo hecho, no sé lo que hubiera sucedido. A pesar de esto, se ha incoado causa contra el constipado vecino.

No creo que tenga el mismo resultado que la seguida contra el pariente del *pater*, y seguro estoy de que los Tribunales harán justicia al procesado y pondrán las peras á cuarto á ese modelo negativo de

caridad evangélica; aunque tampoco confío mucho en que así sea, pues esta gente de Iglesia tiene tanta influencia hoy...

Traslado de *El Clarín*, de Jaén:

«Recomendamos á los padres de familia que se den una vueltecita por el convento de la Merced y examinen detenidamente la construcción de tres nuevos confesonarios que se habrán mandado hacer los frailes.

Están dispuestos los tales confesonarios de tal suerte, que, cualquier deán ó clérigo de misa y olla puede, en su interior, adoptar las más cómodas posiciones y efectuar cuantos actos le plazcan mientras interroga á sus bellas penitentes sobre los misterios del quinto, sexto y séptimo mandamientos.

Al efecto, una espesa celosía cierra el cajón de las culpas por su parte delantera, haciendo así que el cura que lo ocupe no pueda ser visto del público, al paso que él puede recrearse en la contemplación de las bellas obras femeninas de la Providencia Divina, mientras se eleva su espíritu y sus sentidos se embargan en los delirios del amor celestial.

Pero ¿por qué diablos querrán ocultarse esos santos varones? ¿Qué podrán ellos hacer allí que no deba ver el público?

A quien resuelva estas dudas, se le regalará un magnífico fraile y una devota que hemos adquirido en una tienda de juguetes.

Y, mientras tanto, los padres de familia deben estar alerta, porque nadie está de acuerdo con tapujos de ninguna especie».

En los confesonarios corrientes, ya sucedían cosas censurables. ¿Qué no sucederá ahora, ¡cielos!, en éstos de nueva invención?

¡Oh padres y maridos los que leáis estos renglones!

¡Mucho ojo!

Para meter zizania y llevar la perturbación al seno de las familias, no hay quien le moje la oreja al *ex-parroco* de Riudecols, hoy en Cambrils.

Reside en el primero de dichos pueblos un viejo beato, llamado *Paret Pin Fran*, fervoroso á cal y canto, que tiene gastados los bancos de las iglesias, en los ladrillos marcada la huella de sus rodillas, y los confesonarios mugrientos del continuo roce que ha tenido y tiene con ellos.

Los curas gruñen por el gasto de obleas que les ocasiona; sabe al dedillo la fecha de todos los santos del Calendario, cuándo caen las fiestas movibles, todas las oraciones habidas y por haber, y entiende al pelo eso de jubileos, novenas y misas. Lo único que no sabe es leer ni escribir, ni nada de la esencia de la doctrina de Cristo.

Este viejo vivía en íntima amistad con un sobrino casado, y á éste y á sus hijos había ofrecido dejarles en testamento unas fincas que posee, como sus parientes más allegados y queridos.

Se entrometió en el asunto el *parrodogo*, y á pretexto de que un hermano del sobrino agraciado era suscriptor á *EL MOTÍN*, intrigó y se manejó de tal modo, que el fanático viejo ha retirado la oferta, dejando á su sobrino con un palmo de narices.

Otra familia más perturbada por los malos oficios de un cura, y otra herencia en perspectiva para los desinteresados ministros del Señor.

¡Cuando le digo á usted que la adoro!...

Buena la está armando un tal P. Menéndez en la República de San Salvador.

Ha organizado una especie de camarilla política, á cuyos individuos ha puesto el mote de *cruzados*, que son capaces de crucificar al lucero del alba; es decir, de jugarle una perrada al primer cristiano que pesquen desprevenido.

El alcalde de Soyapango pertenece á tan piadosa hermandad, y, secundado por sus cofrades, hace cada gatuperio electoral, que ni Romero Robledo en sus buenos tiempos le llegó á la suela del zapato.

Los caballeros *cruzados* se permiten el lujo de reunirse en un convento, y allí el P. Menéndez barbariza á su sabor, y de tal modo les calienta los cascos, que posible será (si las Autoridades no destierran al *cuervo*) que el mejor día sobrevenga un conflicto entre los antes pacíficos salvadoreños.

Estos presbíteros de mi alma son en todas partes lo mismo, y lo que dice el cura Santacruz desde su forzoso retiro en Jamaica:

«¡Ese Menéndez se ha empeñado en eclipsarme, y se saldrá con la suya! ¡Pues digo, si algún día se escapa de Centro-América y da con su cuerpazo en las Provincias Vascongadas! ¡Capaz es de levantar una partida más pronto que D. Carlos levanta un Toisón!

Por esos mundos anda un tal Fray Pedro de Padilla, que ha dado en la flor de escribir coplas, y bendita sea su alma si no debiera entretenerse con un azadón, en vez de manejar la péñola.

Ahora se ha traído una quisicosa que parece una

poesía; pero ni es tal poesía, ni tiene sentido común. Como no quiero dar un disgusto á mis lectores, no la reproduzco; pero básteles saber que el buen fraile la titula *Flores de Invierno*, con lo cual comprenderán ustedes que los frutos literarios del *pater* son de cuela, algo así como los melones invernales.

Convencido estoy de que predicar á un fraile es perder el tiempo; mas, ya que tengo el espinoso cargo de moralizar clérigos, voy á dar unos consejos al vate, valgan por lo que valieren.

No te des, ¡oh, Perico! al nefando vicio de versificar á tu modo. Considera que el mismísimo David no fué pecador hasta después de ser poeta; que el que se da á esas cosas malas que tú haces, produce trastornos en la República, y ten presente lo que de otro fraile decían nuestros antepasados: «Más quisiera oír mi sentencia de muerte, que los romances del P. Lucas».

Tomás, *parroquidermo* de Noblejas, es afortunado en todo.

Tenía un ama soltera, con quien se llevaba muy bien: enamórase de ella un joven labrador, y se casa, pero dejándosela en la casa parroquial, pues él tenía que dormir en la de los amos donde servía; lo cual pareceme que fué una verdadera ganga.

A los pocos días del casamiento, como el marido estaba enamorado como un buey, pasó la velada en la casa del cura, al lado de su querida mitad (no es esto decir que la otra mitad sea del cura), y después se marchó á dormir á la de sus amos.

Estos se habían acostado, por ser ya tarde, y no le abrieron la puerta; en vista de lo cual decidió volver á casa del *cuervo* y pasar allí la noche.

Mas ¡ay! que, en el poco tiempo que había transcurrido desde que se despidió de ellos, su esposa y el cura se habían dormido tan profundamente, que, por más que llamó y repicó con el aldabón horas enteras, no le oyeron, y con las orejas gachas tuvo que irse á casa de sus padres, donde por fin encontró alojamiento.

Como él es de buena madera, comprendió que la cosa no tenía malicia, y siguen viviendo todos juntos, dedicados cada cual á su respectiva ocupación. El cura dice misa, el ama está á su servicio, el marido ara, y...

¿Conoces tú, *curiana* de Alberquería (Salamanca), á un *cuervo* que maltrató á una pobre viuda porque quería cobrarla mayor cantidad de la que su marido había consignado en el testamento para gastos de Iglesia?

¿Sabes cómo se llama otro, ó el mismo *cucaracha*, que en las últimas elecciones para diputados provinciales estuvo hecho un *barbido* á la puerta del colegio electoral, repartiendo candidaturas y aconsejando á los votantes?

Si le conoces, pregúntale si continúa haciendo aquellos préstamos en que por cinco duros cobra de rédito una fanega de centeno (cuyo valor no baja de treinta y dos reales), aunque la duración del préstamo no sea más que un mes.

Amonéstale de mi parte, dale buenos consejos... Pero ahora caigo en la cuenta de que es inútil encargarte de esa comisión, porque tú, por no dar, no das ni los buenos días.

Baco y Venus hicieron siempre buenas migas, y se puede ser muy enamorado, sin perjuicio de agarrar unas monas mayores que elefantes.

Quiero que sepas, Manolo, *clerimico* de Ubrique, que existe un cura que es la especialidad en eso de *jumeras*, y que en cuanto pesca una se pone en el balcón de su casa á requebrar á todas las mujeres que pasan por su puerta, y parece ser que el vino le inspira, porque el maldito hasta tiene gracia inclusive. El otro día se le ocurrió el siguiente piro-po: «¡Olé, chiquilla! Por la salud del tío Martín el tabernero, te juro que tienes unos ojos que echan chispas, y hasta bendita sea mi coronilla y condenado me vea á beber agua si no te estoy queriendo con *faitguillas* de muerte».

Es verdad que sólo va á la taberna de tarde en tarde; esto es, una tarde sí y otra también, y así sucesivamente.

Anda por la Habana un ministro protestante-metodista llamado Martínez, que en lo de procurarse los ochavos le moja la oreja al *cuervo* católico de más agallas.

Los *cucarachas* están asombrados de ver cómo se trabaja el asunto el amigo; pero éste, para darles envidia y hacerles pasar *la mar de jachares*, se pasea en lujosos carruajes tirados por briosos caballos, llevando á su vera una presbiterial *barbiana* que da la desazón á metodistas y católicos.

Después se larga al templo con su consorte, y con

la Biblia en la mano enjareta cada discurso que tiembla el orbe.

Estos sacerdotes, de cualquier casta que sean, son lo mismo en todas partes. Aman á Dios sobre todas las cosas, y al dinero del prójimo más que á sí mismos.

¡El que nace para bruto, no hay Cristo que le redima!

Y no lo digo por ti, *parroquero* de Saelices, que también has hecho una de las tuyas, pues me dicen que, habiendo sido llamado para confesar á una enferma, llegaste al lecho del dolor, y sabiendo que la paciente no estaba casada canónicamente, le negaste la confesión.

Hasta aquí lo que tengo como cierto: después añaden, yo no sé si con verdad ó sin ella, que, habiéndote rogado que la casaras con el que con ella había compartido existencia y hogar, te negaste si no soltaban *in continenti* los ochavos, y tuviste la osadía de amargar su padecimiento diciendo que, si moría en ese estado, no recibiría sepultura sagrada.

Visitar á los enfermos es una obra de misericordia, cuando la visita tiene por objeto socorrerlos y consolarlos; pero cuando se los visita para aumentar su dolor y acelerar su muerte, en vez de hacer méritos para con Dios, se hacen para recibir una paliza de manos de la familia del enfermo.

¡Es lástima que el *parroquidermo* se haya quedado sin la recompensa merecida!

Con motivo del entierro civil de un hijo del conocido libre-pensador de Ribadavia (Orense) Raimundo Gómez, aconteció que: Las llaves del cementerio civil no parecían, y los cuervos estaban que bailaban de gusto.

Cuando se trató de la conducción del cadáver, no parecían tampoco:

Ni el alcalde primero,
ni aun el segundo,
ni aun el tercero.

Pero el segundo alcalde apareció después, y, no tan sólo se prestó á autorizar el acto de que se abriera violentamente la verja del cementerio, si que también se ofreció á prestar su auxilio material.

También es digno de aplauso el juez municipal, que cumplió con su deber, advirtiéndole á la familia y cortejo fúnebre que, pasadas las veinticuatro horas que el Código prescribe, si no se había abierto la puerta del cementerio, la haría abrir cumpliendo dignamente su cargo.

Triste cosa es tener que elogiar á un funcionario público por el acto de acatar las leyes; pero estamos tan acostumbrados á ver lo contrario.

¿Conque también tú, *sacris* de Santiago, has venido á Madrid en calidad de espía clerical, á la husma de quién pone en conocimiento de El Motín las hazañas que tú y tus protectores *curianos* cometéis con tanta frecuencia?

No sabes el disgusto que tengo desde que he sabido que has estado en la corte y no te has dignado asomar la *jeta* por esta sandunguera Redacción.

Otra vez, aunque te paguen el viaje los *cucarachas*, no tomes á tu cargo el papel de policía, porque ni sirves para el caso, ni aun cuando sirvieras sacarías nada en limpio.

Dedícate sólo á propagar las excelencias de la cera que de tu pueblo traes, y á cuidar á tu Antonia, que la pobre está delicadita.

Para que veas, Miguelito, *parroquero* de Torrejón de Ardoz, lo que son ciertos *curanfobios* de esas inmediaciones, voy á contarte lo que ha hecho uno de éstos, á quien será fácil que conozcas.

El estanquero de su pueblo tiene una hija soltera y un ex-yerno, viudo de otra hija: quisiéronse casar los dos cuñados; el *cuervo* les dijo que necesitaban dispensa, y la solicitaron. Como tardase mucho en venir y el *parroquidermo* necesitase cuartos, con pretexto de que la dispensa estaba ya en su poder, publicó las amonestaciones y se embolsó unos metales.

Ahora resulta que ha sido negada la dispensa, y los novios se han quedado sin casarse y sin las pesetas que dieron al *cucaracha*.

¿No te parece que el tal *pater* merecía, si el caso es cierto, una paliza seglar, y que el obispo le pusiese las peras á cuarto por semejante gatuperio?

El obispo de Madrid ha mandado hacer catorce cruces para colocarlas en la explanada del templo de San Jerónimo y hacer ante ellas el santo ejercicio del *Via Crucis* los viernes de Cuaresma.

Será un espectáculo al aire libre que llamará la atención.

Ahora caigo por qué se llamaba dicho templo San Jerónimo *del paso*.

Porque se adivinaba que, andando el tiempo, se iría allí á hacer el *idem*.

En Vendrell se ha negado sepultura eclesiástica al cadáver de un niño cuyos padres estaban casados civilmente.

De algún modo se han de vengar los *curianos* de los que no tienen por conveniente soltarles los ochavos y se casan con arreglo á la ley.

Si no fuera por estos desahogos evangélicos, no quedaba un cura libre de un ataque de bilis.

Los marqueses de Dos Aguas, opulentos católicos de Valencia, han regalado varios diamantes para incrustar en la estola que las parroquias de Valencia piensan regalar al Sumo Pontífice.

Afortunadas poblaciones las que, como Valencia, no tienen obreros sin trabajo, imposibilitados á quienes socorrer, enfermos á quienes amparar, ni viudas desvalidas que necesiten dar pan á sus hijos.

Un fraile de Manresa no admite el dinero que le dan de limosma, pero acepta artículos comestibles y bebestibles.

¿Por qué este desinterés? Porque, como no suelen darle más que un perro chico, sale ganancioso llevándose otra cualquier cosa.

Que le ofrezcan una peseta siquiera, y verán qué ojo abre el holgazán acerquillado.

D. Isidoro García, vecino y regidor de Sasiegos (León), ha demandado á juicio de faltas al *cuervo* Miguel Molina, porque en el ofertorio de la misa graznó, dirigiéndose á él, lo siguiente:

«Si ese vecino no fuera tan perdido, ya me entendería yo con él».

Estaré á la mira del resultado del juicio, para ponerlo en conocimiento de mis lectores.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Nieves de Sedados.—Falleció feligrés Santos Roera. *Cucaracha* niega sepultura eclesiástica por no haber cumplido difunto precepto en parroquia. Familia apeló obispo Táy, que mandó sepultar cadáver sin *juerga*, campanas ni gorgoritos. Conducido cementerio con música costeada familia. Acompañamiento numeroso como nunca visto.

—Me alegro que el *cuervo* se haya perdido esos cuartos. Así se hace. ¡Adelante!

Pontevedra.—Nuestro Ayuntamiento envió comunicación arzobispo Santiago proponiendo bases arreglo provisión plaza capellán hospital. Pasaron muchos días y prelado calla como muerto.

—Hace bien, si comprende que los concejales no tienen energía para proveer el cargo en un presbítero que reúna las condiciones necesarias, con ó contra la voluntad del arzobispo. Por supuesto, que mejor sería suprimir la plaza.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Es cierto que el cura de San Lorenzo, Don Tomás Martínez, estando celebrando una misa de boda, sin duda por haber hablado una niña de tres años, se dirigió á los novios diciéndoles en alta voz que los acompañantes eran unos curas... digo, unos canallas y granujas, que sólo iban allí á comprometerlos?

¿Sabe usted si avisó á nada menos que tres parejas de orden público?

—No tengo noticia alguna, y se me hace difícil creer que el presbítero cometiese tamaña tontería, tratándose de clientes que pagaban. De todos modos, si la boda se hubiese hecho civilmente, se hubieran ahorrado los contrayentes unos cuartos y el disgusto de oír al *pater* tales cosas, si es que efectivamente las dijo.

Torrelaguna.—¿Qué penitencia impondría usted al hombre honrado que, por transigir con su familia, consintiese á un *cuervo* colocarse á la cabecera de su madre, y le hiciese después un funeral?

—Ninguno, porque en el pecado llevaría la penitencia. Esto no quita para que me lamente de esas debilidades que nos pierden.

Madrid.—Dícese que la hija de una distinguida persona, que habita en la calle de Fuencarral, fugóse para ingresar en un convento contra la voluntad y á disgusto de la familia.

La chica es hermosísima y los *cuervos* están de enhorabuena.

Calcúlase en seis ú ocho mil pesetas el pellizco que los *curianos* han arrancado á la familia.

¿Sabe usted el nombre del *clerizángano* que ha trabajado el asunto?

—Lo ignoro, así como también el nombre de su director espiritual.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La Conquista de Plassans, por E. Zola.

Este es el título de otra novela del incomparable Emilio Zola, que ofrece *El Cosmos Editorial* á la consideración del público. Como *La Fortuna de los Rougon*, *El Vientre de París* y *Su Excelencia Eugenio Rougon*, forma parte esta obra de la serie de novelas que publicó titulándola *Los Rougon-Macquart*.

En ésta, igual que en todas las demás de la serie, son objeto de estudio las evoluciones de una generación de hombres ávidos de enriquecerse y ansiosos de ganar alta posición á toda costa. La vida de provincias, las intrigas de baja extracción que en el círculo social de Plassans (prototipo de la capital de provincia francesa) se desarrollan, todas las ruindades de una agrupación de personas corroidas por el interés y fustigadas por la ambición, pínalas Zola con tanta riqueza de colorido y de tal suerte las detalla, que, después de leída esta novela y aquellas otras de la serie *Los Rougon-Macquart*, se puede formar exacto juicio de lo que era el pueblo francés cuando la Francia estaba todavía bajo el influjo de la política del segundo Imperio.

La acción, interesante de suyo, ofrece mayores atractivos, porque es exacta relación de hechos reales, retrato fidelísimo de la fisonomía política de un pueblo revolviéndose al impulso de las pasiones, rebosando egoísmo y caminando ciego á un fracaso, fatal consecuencia de sus vicios.

En *La Conquista de Plassans*, el talento del sociólogo y la penetración del crítico se revelan pasmosamente; y no vacilamos en asegurar que esta novela merece lugar preferente entre todas las que forman la serie *Los Rougon-Macquart*.

Esta obra se halla de venta en *El Cosmos Editorial*, Montera, 21, Madrid, en las principales librerías de España y América, y en esta Administración, al precio de cinco pesetas.

JOAQUÍN PECCI (León XIII).—*Poesías latinas puestas en rima castellana por Jaime Martí-Miquel*.—Imprenta de Campuzano, 1887.—Madrid.

Con decir que con idéntica discreción y fidelidad que empleó en la traducción de las de Víctor Hugo, el señor Martí-Miquel ha vertido al castellano las poesías latinas del Papa actual, y unido esto al interés que les presta el nombre de su autor, basta para suponer el que este libro forzosamente ha de despertar en el público.

Se vende á tres pesetas en las principales librerías.

La Heredera (El Hombre de las figuras de cera), por Xavier de Montépin.—*Imprenta Popular*, á cargo de Tomás Rey, Plaza del Dos de Mayo, 4.—Madrid, 1887.

Véndese á dos pesetas en la Administración de El Motín y en las principales librerías.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

LIBRO NUEVO

EL HOTEL DEL GRAN CIERVO

(EL MÉDICO DE LAS LOCAS)

POR

XAVIER DE MONTÉPIN

Precio: DOS PESETAS

Se vende en la Administración de EL MOTÍN y en las principales librerías.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE
EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sue. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (El Citador), escrito en francés por Pigault-Lebrun. Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Precio: una peseta.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS. Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY
4—Plaza del Dos de Mayo—4